

Todavía hay quien se acuerda por estas tierras, de alguna de las historias que le contaba su abuelo al calor del hogar, en esas frías y tediosas tardes de invierno, que los que nos tuvimos que marchar a la ciudad, ahora tanto añoramos.

Una de esas historias, ya casi olvidadas, es la de *El Pacto de Matamala*.

Si mal no recuerdo, la historia comenzaba en las murallas del castillo (del que aún se conservan vestigios de su esplendor) que dominaba la pequeña villa de Matamala.

Allí, se dice, que hace mucho, mucho tiempo, una joven noble conjuró a La Muerte desde la imponente atalaya de aquella fortaleza.

Juana, una dulce dama leída y viajada, de conversación interesante y espíritu vivo, no encontraba quién la amara, pues, su rostro y la mayor parte de su cuerpo, se hallaban desfigurados desde que de niña, una mañana como otra cualquiera, correteando con su malogrado hermano por los salones del castillo, cayera desgraciadamente sobre los rescoldos aún ardientes de una de las numerosas chimeneas de aquel palacio.

Sus padres habían tratado sin éxito de buscarle un buen marido, llegando a ofrecer toda su fortuna, propiedades y títulos nobiliarios a quien la desposara, con el fin de hacer feliz a la única hija que les quedaba y así poder tener descendencia para perpetuar su heraldo.

Decenas de pretendientes acudían atraídos por tan generosa dote, pero al verla en persona, tal debía ser su fealdad, que al instante desistían en su empresa.

Aquella noche de luna nueva, La Muerte por fin atendió las súplicas de la joven, quién en su desesperación, había pedido consejo a la curandera de la villa, de la que obtuvo el hechizo apropiado para lograr su propósito, a cambio de algunas monedas.

Y fue allí, en la torre del castillo, ocultas bajo la oscura protección del negro manto de aquel cielo, donde ambas hicieron un pacto de mutuo acuerdo: La Muerte concedería a Juana un apuesto noble que la amase tan profundamente que sus ojos no fueran capaces de ver las heridas de su cuerpo, pero a cambio le pedía algo que nunca podría tener de otra manera, un hijo, el primer hijo varón que surgiera de ese amor.

Juana, que al principio se negó rotundamente, terminó aceptando con dos condiciones: la primera, que sería ella y sólo ella quien contara a su hijo el destino al que le había condenado, y la segunda, que el niño, al que ambas acordaron llamar Martín, estaría a salvo de morir antes de que le llegase su hora, mientras permaneciera dentro de las murallas del castillo.

La Muerte, aún a sabiendas de que podrían pasar muchos años hasta que llegase el día en que Martín fuera suyo, aceptó las condiciones con la infinita paciencia de aquellos que se saben eternos.

Así pues, sellaron el pacto.

A las pocas semanas llegó un noble caballero desde las prósperas tierras de las Cinco Villas llamado Lope. Nada más conocer a Juana quedó prendado de ella, y a ella le pareció el ser más maravilloso que había visto en su vida.

Poco tardó en celebrarse el enlace, y a los 9 meses, fruto de ese amor nació una niña, a la que pusieron de nombre Leonor. Juana, a escondidas, lloró de alegría por la fortuna de no haber alumbrado un varón.

Pasaron unos años llenos de amor y felicidad. Juana, embriagada por tanta dicha, había olvidado su pacto con La Muerte, hasta que, después de un largo y doloroso parto, tuvo al pequeño Martín entre sus brazos.

Presa del pánico, decidió contarle a su amado la maldición que pesaba sobre su hijo. El matrimonio acordó que, en tanto estuviese en sus manos, Martín no saldría nunca de la seguridad de los muros del castillo.

Mientras Martín fue niño, resultó fácil: juglares, bufones, malabaristas y todo tipo de personajes y animales de lo más variopinto lo mantuvieron entretenido. Durante los primeros años de su adolescencia, fue más complicado encontrar algo que desviara su atención de la curiosidad que le provocaba imaginar y soñar qué sería aquello prohibido que habría tras los muros del castillo, pero suplieron con juegos de caza, espectaculares torneos a caballo, agotadoras jornadas de entreno con la espada, fastuosas bacanales y todo tipo de extravagancias, su falta de libertad.

Pero Juana y Lope se hacían mayores, y les costaba encontrar nuevos pasatiempos para Martín, quien había comenzado sin saberlo, a envidiar lo que sus padres tenían entre ellos, la complicidad, las risas encubiertas, las miradas que se dedicaban....

No sabía qué era aquello, pero en su fuero interno, deseaba sentir lo mismo.

Un día, mandó llamar a la dama de compañía de su madre y le preguntó qué era eso que se podía sentir, pero no ver, que hacía que sus padres fueran tan dichosos.

La anciana dama contestó : “Hay mi niño, eso es el amor. Algo que si logras sentir, y eres correspondido será la antorcha que ilumine tu vida.”

En aquel instante, Martín entendió que nunca encontraría algo así prisionero entre los muros de Matamala.

Una noche, ordenó a su criado de confianza que alistara dos caballos sin hacer ruido y galoparon juntos traspasando los muros del castillo hasta llegar a la cercana villa de Quinto. Allí, descubrió el significado de la libertad: largas noches sin dormir, ociosos días sin obligaciones ni rutinas... Conoció tabernas y mujeres por doquier, esperando que alguna de ellas despertase en él ese sentimiento que tanto anhelaba encontrar.

Pasaron los días tan rápido que a Martín le parecieron horas, pero una de esas madrugadas, de regreso a la posada dónde se hospedaba, una oscura sombra se cruzó en su camino, una extraña silueta que al verlo, se quedó petrificada, mirándole directamente a los ojos y llamándole por su nombre.

Era La Muerte .

Tal fue la intensidad de aquella mirada que Martín salió huyendo despavorido, robó el primer caballo que encontró en su camino, y no paró hasta que cruzó la muralla de Matamala. Cuando se halló a salvo en el castillo, trató de explicar a sus padres lo sucedido, pero tal era el estado de angustia en el que se hallaban sus progenitores desde que descubrieron que se había marchado, que casi no le dejaron mediar palabra. Juana salió corriendo a buscar el hatillo que siempre tuvo preparado para ese día, aún con la esperanza de que nunca llegase. Lope mandó a sus criados ensillar el más rápido de sus corceles, y le dijo: "Hijo mío, corre y no mires atrás, galopa sin descanso hasta Sástago, y pide asilo en la fortaleza que hay en el cerro, justo antes de llegar a la villa, aquella que

tiene una torre cuadrada. Es el castillo de la Palma, allí te aguarda, desde el siguiente día a tu nacimiento, mi buen amigo, el conde Artal. No temas hijo mío, pues allí sabrán esconderte de La Muerte.

Martín salió al galope siguiendo las indicaciones de su padre, quien enfurecido con La Muerte por romper el pacto hecho con Juana, salió decidido a encontrarla, aunque para ello tuviera que recorrer hasta el último rincón de Quinto.

Enseguida la halló, fría y serena, esperando paciente en la puerta de una casa, para llevarse con ella a aquél que dentro agonizaba...

"¡Muerte!", le espetó Lope, "¿Por qué has roto el pacto? ¿Por qué le has contado a Martín cuál es su cruel destino y le has hecho saber que ya le llegaba su hora?".

"Está usted muy equivocado, Señor Lope", contestó La Muerte contrariada, "Es más, me he quedado tan sorprendida al cruzarme con Martín, aquí, en Quinto esta mañana, que sólo he acertado a susurrar su nombre. Ni siquiera he podido moverme, tan sólo pensaba: ¿Qué hace aquí mi muchacho a estas horas? ¿Cómo va a llegar a tiempo a su cita?..."

Pues sepa usted Señor, que hace días que sé que debo ir a recoger a Martín esta noche al castillo de Sástago. Sé bien que lo encontraré allí, a los pies de la majestuosa Torre del Homenaje.